EL RESUCITADO DE ARKHAM

Por JONATAN V. R. TRIPAYLAN

inspirado en H. P. LOVECRAFT

El Resucitado de Arkham

Por Jonatan V. R. T. Tripaylan — inspirado en H. P. Lovecraft

No pretendo que quien lea estas páginas crea en la veracidad de mi relato; de hecho, yo mismo dudo de mis recuerdos y de los sentidos con los que los percibí. Sin embargo, las huellas que aún perduran bajo la cripta de Saint Mary, el hedor indescriptible que allí flota, y los sonidos que a veces se alzan desde las profundidades de la tierra me obligan a escribir, con la esperanza —vana quizá— de descargar mi mente del peso de la memoria.

Fue en el invierno de 1912, cuando la Universidad de Miskatonic atravesaba una época de febril entusiasmo científico. En aquellos días, las fronteras entre la vida y la muerte parecían cada vez más difusas, y los laboratorios de medicina se llenaban de rumores sobre experimentos que osaban penetrar en lo que el decoro académico prohibía mencionar. Entre los más audaces se encontraba el doctor Victor Herbert West, un hombre de mente fría, mirada febril y modales tan precisos que rozaban la impiedad.

Yo, su asistente, lo acompañé en la mayoría de sus investigaciones, sin sospechar que mis manos algún día serían instrumento de una blasfemia más atroz que todas las herejías.

I. La sustancia meteórica

Todo comenzó con la llegada de un fragmento de meteorito a la cátedra de química de Miskatonic. Su superficie era de un gris verdoso, con vetas iridiscentes que parecían moverse bajo la luz. West, que había leído ciertos pasajes prohibidos del Necronomicón de Abdul Alhazred, creía que aquella roca no provenía de nuestro sistema solar, sino de “esferas exteriores donde la vida no es sino un pulso de vibraciones que cruzan los abismos”.

“La electricidad de Galvani sólo imita los reflejos de la vida —me dijo una noche, mientras trituraba el mineral hasta reducirlo a polvo—. Pero esto… esto es la vibración misma. La chispa de las cosas que aún no existen.”

Me estremecí ante su fervor. Preparó una sustancia luminosa, de viscosidad densa y fosforescente, que guardó en ampollas de cristal envueltas en plomo. Aquella luz no se parecía a nada terrestre: era una radiación húmeda, casi viva,

que se movía como si respirara.

II. El experimento bajo Saint Mary

En la madrugada del 14 de febrero, cuando la nieve cubría los techos de Arkham y sólo los relojes marcaban la hora, West me condujo al sótano de la antigua iglesia de Saint Mary. Allí, bajo un arco derrumbado, yacía el cuerpo de un hombre joven, muerto hacía menos de un día por una descarga eléctrica.

No hubo ceremonia. West actuaba con la precisión de un cirujano y el entusiasmo de un teólogo frente al milagro. Me ordenó que colocara los electrodos y que abriera las válvulas del aparato de inducción. Luego, inyectó lentamente la sustancia fosforescente en el corazón del cadáver.

Durante unos segundos, nada ocurrió. Luego, el aire pareció espesarse. Los instrumentos vibraron con un zumbido sordo, y un resplandor verde se extendió por las paredes de piedra.

El cuerpo comenzó a convulsionar. Pero aquello no era simple movimiento muscular: las facciones se deformaban, la piel se volvió translúcida, y los ojos —oh, los ojos— se abrieron revelando una luz interna, un resplandor que no era humano.

West retrocedió un paso, y yo sentí que el suelo temblaba bajo mis pies. Entonces el ser habló. No con palabras, sino con una sucesión de sonidos que herían el oído y parecían pronunciar un nombre: “Yog… Sothoth…”

La lámpara estalló. Una sombra imposible se proyectó en la bóveda y algo que no puedo describir —ni debería— pareció deslizarse fuera del cuerpo, dejando tras de sí un hedor a ozono y podredumbre estelar.

Cuando encendimos nuevamente la luz, el cadáver había desaparecido. En su lugar, sólo quedaba una capa viscosa que se disolvía lentamente en el suelo.

III. El retorno

Durante semanas, West evitó hablar del suceso. Aseguró que el experimento había sido un fracaso, aunque sus ojos, enrojecidos por la vigilia, revelaban otra cosa. Luego desapareció. Algunos dijeron que partió a Europa; otros, que se internó en los pantanos al este de Arkham, buscando más muestras de aquella sustancia meteórica.

Pasaron meses. Una noche, mientras atravesaba el cementerio para regresar al laboratorio, lo vi. Era él… o lo que quedaba de él. Su figura se recortaba bajo la luna, delgada y espectral. En su mano sostenía un frasco que irradiaba la misma luz viscosa. Cavaba una tumba recién abierta.

Cuando lo llamé por su nombre, alzó la vista y su rostro —hinchado, translúcido, casi líquido— me observó con un odio que no era de este mundo. “No interrumpas, Edward”, murmuró con una voz doble, humana y abisal. “Ellos aún no están satisfechos.”

Corrí sin mirar atrás. Al día siguiente, la tumba estaba vacía. Desde entonces, nadie volvió a ver a Victor West, aunque a veces, en las noches sin luna, los sepultureros aseguran escuchar un canto grave que emerge desde las criptas, una letanía que repite nombres olvidados en lenguas que ninguna garganta humana podría pronunciar.

Epílogo

Hoy, mientras escribo estas líneas, la sustancia que conservo en un frasco de plomo emite un resplandor débil, como si respondiera a algo que se aproxima desde el cielo. He intentado destruirla, pero cada golpe la hace vibrar con un ritmo más intenso, como si pulsara al compás de una música inaudible.

Si mañana la bóveda de Saint Mary vuelve a abrirse por sí sola —como ocurrió la noche pasada—, sabré que lo que despertamos no fue un hombre ni un demonio, sino una grieta. Una grieta por donde el universo respira.

“El hombre que desafía la muerte no obtiene la vida eterna, sino el eco del caos que la precede.”